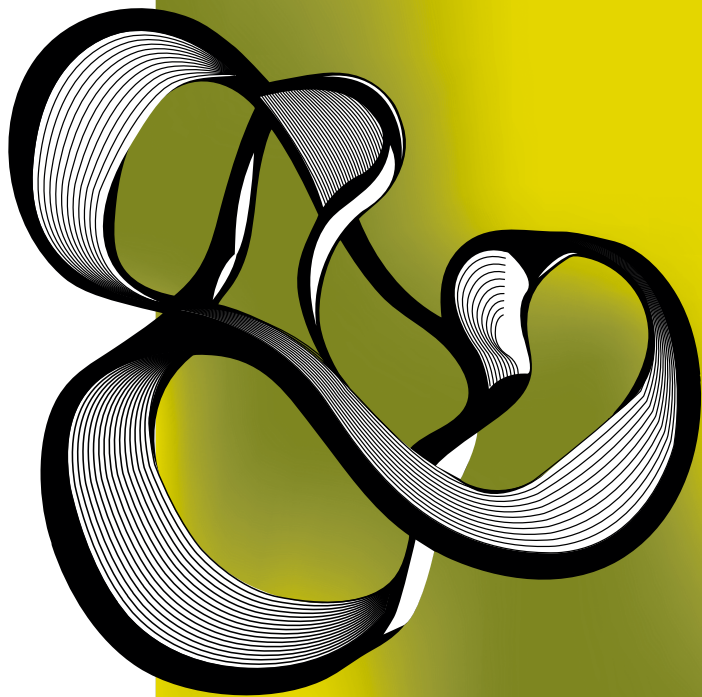


MAREK POLIKS Y
ROBERTO ALONSO TRILLO

EXOCAPITALISMO

Economías absolutamente sin límites



EXOCAPITALISMO

Economías absolutamente sin límites

Poliks, Marek y Trillo, Roberto Alonso
Exocapitalismo. Economías absolutamente sin límites
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Caja Negra, 2026
232 p.; 20 x 13 cm. - (Futuros Próximos; 77)

Traducción de Hugo Castignani
ISBN 978-987-8272-57-3

1. Capitalismo. 2. Teorías Económicas. 3. Tecnología.
I. Mudedé, Charles, pref. II. Castignani, Hugo, trad. III.
Título.
CDD 330

Título original: *Exocapitalism: Economies with Absolutely
No Limits* (Becoming Press)

© Marek Poliks y Roberto Alonso Trillo, 2025
© Caja Negra Editora, 2026

Caja Negra Editora

Buenos Aires / Argentina
info@cajanegraeditora.com.ar
www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección Editorial:
Diego Esteras / Ezequiel Fanego
Producción: Malena Rey / Sofia Stel
Coordinación: Candelaria Pera
Diseño de Colección y Tapa: Consuelo Parga
Ilustración de tapa: Emmanuel Prado
Maquetación: Natalia Brega
Revisión de traducción: Nicolás Espert
Corrección: Juliana Martínez Dios y Sofia Stel

ÍNDICE

<u>7</u>	Prefacio: La economía política del software, por Charles Mudede
<u>13</u>	ESCALA
<u>15</u>	1
<u>21</u>	2
<u>33</u>	PLIEGUE
<u>35</u>	1
<u>49</u>	2
<u>53</u>	3
<u>59</u>	4
<u>65</u>	DESPEGUE
<u>67</u>	1
<u>73</u>	2
<u>89</u>	3
<u>95</u>	4
<u>101</u>	5
<u>115</u>	6

<u>129</u>	DRAG
<u>131</u>	1
<u>141</u>	2
<u>151</u>	3
<u>159</u>	EL ÚLTIMO KILÓMETRO
<u>161</u>	1
<u>167</u>	2
<u>177</u>	3
<u>201</u>	4
<u>215</u>	5
<u>221</u>	Posfacio: Sexo dinero sentimientos mueren, por Alex Quicho
<u>229</u>	Agradecimientos



PREFACIO: LA ECONOMÍA POLÍTICA DEL SOFTWARE

Por Charles Mudede¹



Este libro es un viaje. Y no lo sería si su tema, el capitalismo, no fuera en sí mismo y en todos los sentidos muy, muy, psicodélico. Lo que los autores de *Exocapitalismo* intentan describir es, ni más ni menos, el estado presente de un sistema que ha evolucionado dentro de un espacio delimitado por la lógica de la extracción de valor. Si, en la teoría de la relatividad general, en términos de John Wheeler, “el espacio-tiempo le dice a la materia cómo moverse [y] la materia le dice al espacio-tiempo cómo curvarse”, podemos decir que algo análogo ocurre con el valor y el capitalismo: el primero le indica al segundo hacia dónde moverse, cómo curvarse, y así sucesivamente. No

1. Charles Mudede es un escritor y teórico, cineasta y profesor en humanidades, redactor sénior en *The Stranger*, un periódico de Seattle. Hijo de un predicador de Kwe Kwe, ciudad de Zimbabue donde se emplaza una gran planta siderúrgica, no resulta sorprendente que sus intereses de investigación se sitúen en la intersección entre tecnología y religión, entre ciencia y narrativa. Mudede ha publicado en 2025 *People of the Universe*, su primer libro, coeditado por Sternberg Press y e-flux journal.

pueden separarse, coevolucionan en lo que podría concebirse como un espacio de configuraciones.

En todos sus puntos definitorios, ese espacio sigue siendo idéntico al espacio newtoniano; pero la forma de los contenidos que aloja cambia continuamente. En síntesis, la forma que asumen los elementos del capitalismo puede cristalizar en liberalismo, en keynesianismo, en neoconservadurismo o, en un futuro próximo, en el keynesianismo ICE, tal como lo estipula la "Big Beautiful Bill" trumpista. La forma que nos muestra este libro, moldeada por fuerzas que parecen aleatorias, es el exocapitalismo, una configuración que en muchos sentidos es muy nueva y muy antigua a la vez. Lo antiguo en ella se relaciona con el capitalismo como sistema económico; lo nuevo, con una reconfiguración y, en consecuencia, una reafirmación de su categoría clave: el valor. En la economía política marxista, esa categoría se representa mediante la ecuación que expone la fuente de la ganancia, cuya forma de valor, la plusvalía, le era desconocida a la economía política clásica. En el exocapitalismo –el momento en que la máquina y la acumulación de valor se vuelven casi (o aparentan ser) una sola cosa–, el trabajador es desplazado de esa ecuación y nos queda un capital que, por sí mismo y mediante su propia actividad de despegue, cree que no necesita nada más para su mantenimiento y expansión hasta el fin de los tiempos. Esta es la economía del software.

Los marxistas habrían visto venir este salto fantástico (o, en el lenguaje de Poliks y Trillo, este despegue) si se hubieran tomado en serio una teoría que Tugan-Baranovsky presentó a finales del siglo XIX: la del "[potencial/posible] proceso de autoexpansión [*Verwertungsprozess*] del capital". Rudolf Hilferding la catalogó de "marxismo enloquecido". Y aunque tuviese razón en un aspecto (lo que convierte el marxismo en el espejo del capitalismo es, según Baudrillard, la producción misma), se equivocaba al

ver el salto/despegue como una forma de locura. Al revés: esto es perfectamente racional. Sin mercados, sin consumidores, sin contratos... a los capitalistas les basta con máquinas produciendo máquinas. Lo que William Blake describía con horror como “esos oscuros molinos satánicos” ha alcanzado un estado de perfección en la economía del software actual.

Pero esto no termina ahí. El estado del valor en el exocapitalismo –que bebe principalmente de un Deleuze y un Guattari tempranos, con salpicaduras aquí y allá de Nick Land– está completamente divorciado de la visión convencional del trabajo.

“Puede parecer una manera extraña de pensar el trabajo”, escriben los autores, “pues nosotros proponemos que, en lugar de concebirlo como productor de valor –por ejemplo, ensamblar madera para confeccionar una silla–, lo veamos como constructor de volatilidad en la traslación entre –siguiendo el ejemplo– capital intercambiado por madera y capital recibido por la silla”. ¿Por qué? Porque el valor que el trabajo añade a un producto no reside en la forma de un tiempo cada vez más acelerado (clave de la teoría del valor-trabajo, que es el tiempo de trabajo socialmente necesario), sino en aquello que puede ralentizar su realización: la fricción. Esas interrupciones producen volatilidad, la esencia de la teoría del valor del exocapitalismo.

Hasta donde yo alcanzo a ver, esta concepción es enteramente nueva. O, en cierto sentido, se relaciona con una noción que, en su propósito, valida la contribución del capital a la economía: la espera. Pero la espera que describió Alfred Marshall en *Principios de economía* servía, entre otras cosas, para añadir un valor moral a la parte del sistema que parecía no hacer nada: no levantaba cajas, no giraba tornillos, no apilaba estantes. ¿Qué hacían los capitalistas? Esperaban.

En el exocapitalismo, esa espera ha evolucionado hacia un mantener o un retener [*hold*], que produce un

tipo de fricción generadora de valor. Esta es la clave del asunto. El “tiempo (el mantener), así como las fricciones y latencias a través de las cuales se accede al tiempo, es literalmente dinero”. Y de esa clave se desprende la conclusión: “La producción de valor durante la fase del mantener es simple y directamente un subproducto del tiempo, y la relación entre comprar, mantener y vender está literalmente determinada por herramientas estocásticas de predicción aplicadas al movimiento browniano (acción aleatoria sobre un sustrato)”. La espera se convierte en retención, la retención produce la nueva fuente de valor, que es la volatilidad. El capitalismo nunca ha sido, ni podría ser, un criminal de guante blanco. Necesita el mantener, la fricción, la inestabilidad para generar plusvalía. La hipótesis del mercado eficiente no es más que el castañeteo de dientes de los zombis.

Pero aún hay más (SPOILER ALERT): Poliks y Trillo cierran su trabajo sin prescripciones. Esto tiene dos consecuencias importantes. Primero, significa que, pese a la influencia de Nick Land en el modelo de capitalismo que este libro describe, la liberación no puede identificarse con el aceleracionismo, que –después de todo– hunde sus raíces en el marxismo. Los teóricos del exocapitalismo no quieren –con razón– tener nada que ver con las crisis: ni la crisis del Estado, ni la crisis de legitimidad, ni la crisis de la última crisis. En este sentido, Poliks y Trillo rompen no sólo con el aceleracionismo, sino también con los últimos teóricos de la Escuela de Frankfurt, en particular con Habermas. Los anteriores, Adorno y Horkheimer, estaban mucho más interesados en la reificación, tal como la desarrolla Georg Lukács en *Historia y conciencia de clase*; y esta posición no es en absoluto ajena al capitalismo conceptualizado por Poliks y Trillo. Reificación y despegue son, antes que lejanos, primos cercanos. De hecho, en el corazón de la reificación está la línea más célebre del *Manifiesto comunista*: “Todo lo sólido se desvanece en el aire”. Eso es el despegue.

El exocapitalismo también es primo cercano de la “transeconomía” de Jean Baudrillard. En un guiño a Baudelaire, escribió en *La transparencia del mal. Ensayo sobre los fenómenos extremos*: “El dinero es hoy el único satélite genuinamente artificial. Puro artefacto, goza de una movilidad verdaderamente astral; y es instantáneamente convertible. [Es] la órbita en la que sale y se pone como un sol artificial...”. ¿Y los trabajadores? ¿Y el trabajo? ¿Qué se dice de esta clase en *Exocapitalismo*? Nada. Y con razón. No hay nada que decir sobre el trabajo en un análisis del capitalismo que pueda considerarse mínimamente riguroso. Lo que hay que asumir de una vez es que el trabajo se ha vuelto irrelevante hace tiempo. Ni siquiera el salario es tuyo. Sentirse propietario de él es aceptar el concepto de distribución formalizado/fantaseado por Adam Smith (aunque sus raíces están en la teoría de la propiedad de Locke) y reafirmado por David Ricardo: el salario es como el capital y la renta.

Todo flujo se ve contabilizado como renta dentro del producto nacional. Pero sólo la escuela marxista de Kozo Uno de mediados del siglo pasado –que no es tomada en serio por los marxistas ortodoxos– vio el fallo en ese tipo de razonamiento. Los salarios nunca han pertenecido a los trabajadores. Quienes se apropian de la renta y de los beneficios se apropian también de tu salario, porque este es, en esencia, su propiedad. Si se entiende esto, se comprende por qué la socialdemocracia, tal como se la ha definido tradicionalmente y como en algunos Estados se la ha llegado a practicar, estaba condenada al fracaso.

En la economía exocapitalista, los salarios son sólo un medio para que el capital despegue, para que deje atrás lo que alguna vez se teorizó como la base de ascenso a las estrellas y, desde ahí (las estrellas), al infinito. Desde esta perspectiva, la irrelevancia del trabajo puede finalmente verse como liberadora. No hace

falta ser futurólogo, basta con describir el espacio que da forma a la experiencia cotidiana en la tercera década del siglo XXI. Bienvenidos a la economía del software.

Junio de 2025

ESCALA



1

Una coherencia atroz asedia a un aparato crítico tendencioso.

Es todo tan homogéneo: “El capitalismo es un actor único y malvado que controla unilateralmente el planeta”; “El Estado y el tecnocapital actúan en concierto para desplegar mecanismos perversos de control operativo y vigilancia sobre la población global”; “El sujeto virtuoso de la humanidad moviliza a una multitud heroica y, por la fuerza de su mero volumen y la forma en la que todo eso depende irreversiblemente del sacrificio humano, su potencia laboral destruye la arquitectura depredadora que se le opone”.

¡Aguantar, aguantar, aguantar!

La ortodoxia crítica se ralentiza, está cansada, internet no se le da especialmente bien, es probable que jamás haya atendido en la barra de un Starbucks ni haya pasado horas en un cubículo anónimo. Sus adeptos más jóvenes, aunque sean nativos digitales, están crónicamente subempleados, ausentes, ahogándose en deuda estudiantil

(o en el costo de la oportunidad estudiantil) que exige el ingreso al aparato crítico. Pocos tienen la paciencia necesaria para el lenguaje gelatinoso y narcotizante de la economía LinkedIn, del enclave libertario del Forex, del trading de alta frecuencia y las memecoins, de la depravación enfundada en el sweater con cierre que supone trabajar en los crematorios administrativos de McKinsey, Deloitte o Accenture, ni para las implacables oscilaciones anímicas del capital de riesgo que engrasan todo lo anterior. Esta impaciencia es –usando la jerga de los de arriba– un *blocker*: el aparato crítico subestima el poder de la economía del software, tropieza al intentar articular la densidad morfológica del capitalismo digitalizado, ignora por completo la muerte funcional del trabajo y no comprende la escala.

No es que nosotros sí lo entendamos... ni de casualidad. Caeríamos bajo sospecha si fingiéramos que nos distinguimos por nuestro desprecio o nuestro hastío del aparato crítico (eso ya casi se ha convertido en el uniforme obligatorio, en el requisito mainstream para formar parte del club de la crítica). Pero, con un poco de suerte, lo que sigue contiene una cosmología tan radicalmente alternativa del estado contemporáneo de las cosas que logre reventar la rigidez del discurso dominante.

En el corazón de nuestra tesis está la idea de que el capitalismo no es un gran actor monolítico y direccional que mueve el mundo según sus ambiciones. Para nosotros, el capitalismo es algo muy pequeño, granular, fisible: un germen, un algoritmo de autocorrección entre dos o más... *mundos*. La proliferación de tantos tipos distintos de capitalismo en la Tierra se relaciona directamente con la expresión de este patrón germinal de pensamiento a través de pilas infinitas de mundos sobre mundos sobre mundos.

Además, como indica el título de este libro, sostenemos que el capitalismo no es sociogénico, que no está construido socialmente, que no depende del campo social

humano, que no opera a través de la ideología ni como esta. El “exo-” del exocapitalismo no es un *lifting* semántico, ni un nuevo flujo de capital, sino la delimitación tajante de ese capitalismo que no toma al humano como su sustrato.

Llamamos “cosmología” a nuestra teoría, menos en el sentido de hacer afirmaciones grandiosas sobre el universo que en el de un *sandbox*, un entorno aislado de desarrollo, un arenero conceptual desde el cual dismantelar conceptos sobredeterminados, pensar a través de aquello que puede ser o no ser capitalismo (pasamos mucho tiempo identificando cosas que parecen capitalismo, pero puede que no lo sean).

Nuestra cosmología se inspira principalmente en Elena Esposito y Suhail Malik, cuyo trabajo sobre ontología financiera sostenemos con una soltura casi sagrada. De Suhail Malik extraemos un axioma fundamental del núcleo del capitalismo tal como lo entendemos: que la ineficiencia (dilatación temporal, fricción, interposición, mediación) es valor (un principio contrario al que plantean Marx, Weber y sus herederos, para quienes el capitalismo es una carrera desquiciada hacia la eficiencia temporal a toda costa).

Este principio también les da la vuelta a las construcciones marxistas de valor y precio: ya no son cosas que el capitalista *extrae* de una fuerza de trabajo, sino que pueden *generarse* de la nada, independientemente de toda lógica material, por la simple interposición de una latencia entre mundos. (A lo largo del libro hablaremos sobre el re-mapeo del valor y el precio.)

Nuestra cosmología también tantea con un anhelo casi erótico a Nick Land, no como profeta ni como crítico, sino como apóstata de la agencia humana mientras forcejea (¡sin pensarlo!) con el gran afuera. Para nosotros, el capitalismo forma parte de ese antipático *shadowverse*, de ese umbraverso o universo de sombras de las grandes cosas,

de las imposibles cosas alienígenas, cuya autonomía no es un telón oscuro, sino una invitación a su estudio e interpretación según sus lógicas internas.

También tomamos prestado de los primeros Deleuze y Guattari –a quienes Land debe tanto– y su primer aporte mayor: *El Anti-Edipo*. La constelación de esta trinidad profana formula el primer y más contundente argumento: que el capitalismo es una cosa, o un proceso, o una fuerza, o un algoritmo en sí mismo, o un principio que incomoda al aparato crítico obsesionado con los efectos retrospectivos de las imposiciones que este ha ejercido sobre la especie humana. Anclamos nuestro análisis en esa tradición de especulación filosófica habilitada por ese precedente.

Nuestro análisis aparta su foco del Deleuze tardío, de Foucault, de la Escuela de Frankfurt, de los paranoicos y devoramientos que empuñan pancartas en los patios académicos de BlackRock. Para nosotros, la capacidad del Estado para controlar y regular la sociedad en nombre del capitalismo está grotescamente exagerada en todos los aspectos posibles.

Si bien nuestra cosmología también lleva el influjo de Silvia Federici (la centralidad del problema de la reproducción social), de Frantz Fanon (las líneas duras que separan a los humanos sobre la Tierra) y de Luciana Parisi y M. Beatrice Fazi (la dignidad interior de la computación), por lo demás está bastante sola. (Se podría decir que Reza Negarestani vive en algún lugar de las notas al pie, como nuestro tío alienado, el sabio que ya ha pasado por todo esto.)

Pero sí, el título es la tesis. Sostenemos –y esta es nuestra propuesta– que el capitalismo, como exocapitalismo, es infinito, desencadenado, ilimitado, independiente de y absolutamente indiferente a la condición humana, completamente obsesionado como lo está consigo mismo.

Y afirmamos, además, que el capitalismo no es en sí nuestro enemigo –y aquí es donde más nos distanciamos

de la carrera de caracoles marxista-; es, en el mejor de los casos, un metaproceso indiferente, un cáncer, un reemplazo catastróficamente pobre de la estructuración social.

¿Y el verdadero enemigo?

Bueno... nosotros mismos, ¿no?